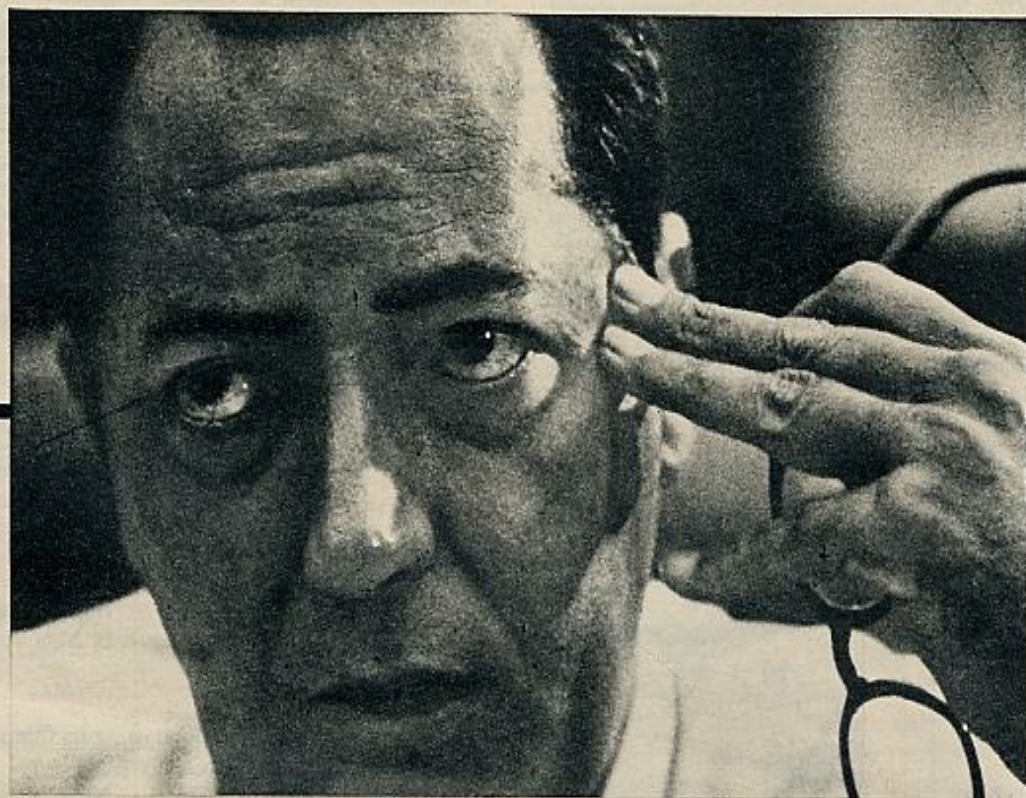


# EL RETO DEL FISCAL GARRISON

Por WILLIAM W. TURNER



**J**IM Garrison es un hombre airado. Desde hace seis años es el duro e inflexible fiscal de Nueva Orleans, enemigo declarado de los manejos turbios, sin paralelo en un estado de filibusterismo político. Fue elegido por un programa de reformas que se proponía llevar a cabo. Tras rechazar una proposición de la Mafia, que le habría reportado 3.000 dólares a la semana en concepto de participación en los beneficios obtenidos de las máquinas tragaperras, procedió a limpiar Bourbon Street de tugurios, haciendo desaparecer la prostitución y eliminando los chanchullos en materia de libertad bajo fianza. Su historial profesional, como proverbial fiscal dotado de gran tenacidad, es impresionante: su ofi-

cina jamás ha perdido un caso importante, ni en apelación se ha revocado ningún fallo de culpabilidad por cuestiones de procedimiento.

Garrison está furioso ahora, tan furioso como si un agente de policía sobornado hubiera intentado apartarle de un círculo de vicio o la Mafia hubiera intentado sacar a relucir sucios trapos políticos para conseguir que desistiera de sus propósitos. Esta vez, el expediente se titula «Conspiración para asesinar al Presidente Kennedy» y no es la «Cosa Nostra», sino el majestuoso poder del gobierno de los Estados Unidos el que intenta apartarle del cumplimiento de su deber.

«¿Quién nombró a Ramsey Clark, que ha hecho cuanto ha estado en su



El 22 de noviembre de 1963, Kennedy era asesinado en Dallas. Cuatro años después, el fiscal Garrison sigue preguntándose por la verdad.

mano para torpedear la investigación del caso? —preguntó irritado en un reciente discurso ante una asamblea de redactores de diarios hablados del Sur de California—. ¿Quién controla la CIA? ¿Quién controla el FBI? ¿Quién controla los archivos, donde este testimonio deberá custodiarse durante tanto tiempo que es improbable que ninguno de los presentes en esta sala esté vivo cuando se haga público? Realmente, pertenece a ustedes y al pueblo de esta nación. ¿Quién tiene la osadía y el descaro de impedir al pueblo ver este testimonio? ¿Quién, en realidad?».

«El hombre que más se ha beneficiado del asesinato es el Presidente Lyndon Johnson».

Garrison aclaró que no acusaba a Johnson de complicidad en el crimen, pero dejó bien sentado, sin lugar a dudas, que, en cuanto a él se refiere, ha pasado al gobierno la carga de demostrar que no fue cómplice instigador ni encubridor. «Supongo que el Presidente de los Estados Unidos no está implicado —afirmó—. Pero, ¿no sería magnífico saberlo?».

La simple honestidad del reto lanzado por Garrison se subraya por el hecho de que los poderes gubernamentales y de orientación gubernamental han ocultado y destruido pruebas, intimidado a algunos testigos y calumniado, ridiculizado y puesto trabas a Garrison y su investigación. En pocas palabras, la conducta del gobierno no ha sido la de un inocente, sino la de alguien empeñado en ocultar su rastro. Durante los últimos nueve meses he trabajado con el fiscal y sus colaboradores, con la esperanza de contribuir a su investigación. En mi opinión, no hay duda que han puesto al descubierto una conspiración. Tampoco cabe duda que Jim Garrison pertenece a una raza en trance de desaparecer; es un populista del Sur aferrado a ideales muy americanos sobre la justicia y la verdad, que tampoco puede explicarlos racionalmente ni contemporizar al tratar de conseguirlos.

A propio intento o por ignorancia, todos los órganos informativos —desde la NBC a «Life»— han creado una imagen de Garrison que le hace aparecer como un gran oportunista, con una exagerada ambición política. De esta forma, se pretende hacer creer que intenta, mediante sus acusaciones, convertir la muerte de un Presidente en un «tour de force» político. Lo cierto es que ni es un truhán ni un necio. Ningún político en ciernes tendría la suficiente osadía para intentar usurpar los descubrimientos de los siete hombres ilustres de la Comisión Warren. «No se trata de que yo anhele aparecer en los titulares de los periódicos —dice Garrison con indignación—. Lo que sucede es que no puedo dormir por la noche. Ocupo un cargo oficial en una ciudad en la que se tramó el asesinato del Presidente Kennedy en su mayor parte, y este extremo fue pasado por alto por la Comisión Warren. ¿Qué harían esas personas que me atacan si se encontraran en mi puesto y tuvieran una responsabilidad de carácter oficial? ¿Podrían dormir tranquilamente? ¿Podrían decir: "John Kennedy está muerto y no puedo hacer nada"?».

## la formación de un fiscal

Las posturas adoptadas por Garrison fueron determinadas, sin duda, por sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial en Europa, donde se vio obligado a lanzarse sobre Dachau cuando volaba en un «Piper Cub» como observador de tiro durante el avance aliado. Los horrores que allí presenciaron se grabaron tan profundamente en su conciencia que, en el prefacio a una colección de ensayos sobre criminología publicada en 1966, deploraba la apatía que permitió las atrocidades cometidas en Dachau. Desde tiempos inmemoriales —escribía—, «la razón humana ha exaltado la cruz, la copa de cicuta, la horca, el potro de tormento, la guillotina, la espada, la ametralladora, la silla eléctrica, la granada de mano, las minas, el lanzallamas, los gases venenosos, la bomba de trilita casi fuera de uso, la bomba atómica ya anticuada y la actualmente popular bomba de hidrógeno, todo ello para mutilar o destruir a sus congéneres». Garrison, aficionado a la alegoría, describía a un ser extraterrestre que llegaba por azar a un mundo que se había destruido a sí mismo, y preguntaba: «¿Por qué tantos millones de desinteresados? ¿Por qué millones de seres no se comprometían en nada? ¿Dónde están hoy sus horizontes privados y sus mundos de egoísmo en los que se contemplaban? ¿Dónde está ahora su gloriosa indiferencia?».

Diplomado en la escuela legal de la Universidad de Tulane, Garrison intentó convertirse en agente del FBI, pero encontraba esta actividad demasiado circunscrita para ser estimulante. Un trabajo con una firma especializada en derecho de sociedades resultó igualmente poco remunerador. Des-

pues de volver a prestar servicio en la guerra de Corea (en la actualidad es teniente coronel en la Guardia Nacional de Louisiana), encajó en el puesto de fiscal auxiliar en Nueva Orleans y comenzó su carrera pública. Después de intentar por dos veces conseguir el cargo electivo sin éxito, logró destacar, en 1961, en la lucha por obtener el nombramiento de fiscal. Amparándose en el partido demócrata y apoyado solamente por cinco abogados jóvenes conocidos como el «Grupo de la Nada» por su falta de dinero y prestigio, se presentó en televisión y avanzó con paso firme. Al igual que John Kennedy, proyectaba un vigor y entusiasmo juveniles, que faltaba a los estereotipados políticos a los que combatía.

En la batalla que Garrison libra actualmente para conseguir que el Ministerio de Justicia, el FBI y la CIA hagan públicos ciertos testimonios acerca del asesinato, no es la primera vez que se enfrenta con autoridades gubernamentales obstinadas en custodiar celosamente los archivos. Después de las operaciones de limpieza de Bourbon Street realizadas por el fiscal, los ocho jueces de lo criminal de la ciudad comenzaron a bloquear su fuente de fondos para dichas operaciones, un consorcio para confiscación de multas. Garrison envolvió a los jueces en una disputa que fue la comidilla de Nueva Orleans. En una recepción ofrecida por la Congregación del Templo de Sinaí, comparó a los jueces con «las vacas sagradas de la India». En otra ocasión, les acusó de defraudadores por tomarse doscientos seis días de vacaciones, «sin contar las fiestas oficiales, como el Día de Todos los Santos, "Long's Birthday" y "St. Winterbottom's Day"». Considerándose ultrajados, los jueces le demandaron por difamación. («La gente emite mugidos cuando paso por su lado», se quejó uno.) El caso llegó hasta el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, donde un fallo que marcó un hito en la jurisprudencia, sancionó el derecho de Garrison a criticar a los funcionarios públicos.

Y ejerció ese derecho. Cuando el magistrado Victor H. Schiro vaciló en una cuestión, dijo con sarcasmo: «Desde que Hamlet trataba de decidir si apuñalaba al rey de Dinamarca o no, no ha habido una resolución tan torturante». Pero si constituía un estorbo para los funcionarios, a los votantes les deleitaba. En 1965 volvió a ocupar su cargo por un margen de dos a uno —siendo el primer fiscal de Nueva Orleans que era reelegido en treinta años—.

La filosofía política de Garrison resulta casi imposible de definir. Sustenta en parte el dogma individualista de Ayn Rand, pero es demasiado demócrata tradicional para aceptar su elitismo inevitable. Simpatiza con los segregacionistas y archiconservadores, pero se encrespa al oír mencionar al Ku-Klux-Klan. Los dirigentes negros no tienen motivo de queja de sus actuaciones como fiscal, y ha nombrado a algunos negros fiscales auxiliares. Hace varios años, cuando la brigada de policía para luchar contra el vicio intentó retirar de las librerías la obra «Otro país», de James Baldwin, se negó a iniciar el procedimiento («¿Cómo definen la obscenidad?») y denunció a la censura en términos muy ásperos, atrayéndose así la ira del Consejo de Ciudadanos Blancos. No encuentra virtud alguna a la pena capital, pero es algo ambiguo sobre la tendencia libertaria en las resoluciones judiciales. En una publicación trimestral de tipo jurídico predijo que la creciente importancia que se concedía a «los derechos del demandado contra el Estado, quizá llegara a considerarse como la mayor aportación hecha por nuestra nación a este mundo en que vivimos»; sin embargo, a veces, ha dejado entrever que los fallos del Tribunal Supremo constituyen un factor que interviene en el índice creciente de crímenes violentos.

Pero desde el comienzo de su investigación del asesinato, sus puntos de vista sobre muchas cuestiones han cambiado de manera apreciable. «Hace un año tenía opiniones moderadas sobre Vietnam —refiere—. Pero ya no es así. He descubierto que el gobierno ha dicho tantas mentiras en este caso (respecto al asesinato), que no puede creérselo en nada». Teme que los Estados Unidos estén evolucionando hacia un «estado proto-fascista», y cita como indicio de ello la sutil manera en que se acallan las opiniones contrarias por un gobierno central cada vez más autocrático. El imponente y aún creciente poder de la CIA y la organización de defensa, sostiene, está transformando a la vieja América en una sociedad kálfiana, en la que el poder se equipara a la moralidad.

Garrison detesta que se le llame extravagante, adjetivo que más comúnmente se le aplica, y en verdad no hace esfuerzo consciente alguno por destacar. Pero es una de esas atrayentes figuras que automáticamente domina a cualquier asamblea, y sus audaces golpes en la lucha, tan deliberados como sus movimientos en el ajedrez, parecen representar su formidable personali-



«El hombre que más se ha beneficiado del asesinato, es el Presidente Lyndon Johnson» (Garrison).

dad. Asimismo, ha de figurar como uno de los fiscales más intelectuales de la gran ciudad. Lee historia apasionadamente —se refleja en sus metáforas—, y hace citas de Graham Green y Lewis Carroll, remontándose incluso al consejo de Polonio a Laertes. Pero no es exactamente un empollón. Conocido en otro tiempo como cliente de los tugurios de Bourbon Street, aún resulta una estampa familiar encontrarle a veces en algunos de los lugares más animados del barrio francés aporreando el piano y canturreando en «basso profundo» una canción popular hace media generación. Pero, mayormente, se mantiene apegado a su estudio en casa y dedicado a su llamativa mujer rubia y a sus cinco hijos.

Quizá sea, en fin de cuentas, la ruina del cerco que actualmente se ha levantado en torno a Garrison la falta de equidad con que se le cataloga, pues no puede jugarse fácilmente con el sentido americano del juego limpio. Pero, ¿desea realmente la gente conocer la verdad acerca del asesinato, o es más cómodo dejar las cosas como están? Garrison considera ésta la cuestión sobre la que gira la historia del experimento democrático americano: «En nuestro incipiente super-estado, realmente no importa lo que sucedió. La verdad es aquello que el gobierno decide dar a conocer. La justicia es aquello que quiere que suceda. Es mejor no saber que el mediodía del veintidós de noviembre de mil novecientos sesenta y tres había muchos hombres, en muchos lugares, mirando a sus relojes. Pero si ahora no luchamos por la verdad, quizá jamás tengamos otra oportunidad».

## el fbi declara libre de culpa a un sospechoso

En la mañana siguiente al asesinato, mientras la nación estaba aturrida por el dolor, Garrison convocó a sus colaboradores en su oficina para celebrar una «agitada sesión» con objeto de explorar la posibilidad de que Lee Harvey Oswald tuviera cómplices en Nueva Orleans, donde el verano anterior había recorrido las calles abogando por «Juego Limpio para Cuba».

Los hombres del fiscal destacaron varios observadores en los bajos fondos de la ciudad con objeto de pulsar la opinión pública, y fue el Primer Fiscal Auxiliar, Frank Klein, quien recibió la primera información. Un hombre menudo, investigador privado en otro tiempo, llamado Jack S. Martin, reveló confidencialmente que un tal David William Ferrie había despegado en un viaje imprevisto con dirección a Tejas la tarde del asesinato. Este informador secreto conocía bien a Ferrie, aunque existía cierta enemistad entre ellos. Ambos habían trabajado de vez en cuando para la misma firma de detectives, W. Guy Banister & Associates, y estaban afiliados a la Antigua Iglesia Católica Ortodoxa Apostólica, secta imbuida de anticomunismo teológico. Ferrie, piloto excepcionalmente adiestrado, había sido despedido de Eastern Airlines en 1962 al darse publicidad a ciertas actividades homosexuales supuestas.

Según Martin, Ferrie había mandado una escuadrilla de la Patrulla Aérea Civil (Civil Air Patrol), a la que Oswald había pertenecido. Había enseñado a Oswald a disparar con visor telescópico y se había visto envuelto con su protegido en un intento de asesinato. Menos de dos semanas antes de la fecha fijada, Ferrie había hecho un viaje a Dallas. El papel que le fue asignado en el asesinato, afirmó Martin, fue transportar en avión a los conspiradores, en su huida, a Matamoros, Méjico, próxima a Brownsville, Tejas.

Cuando Ferrie regresó a Nueva Orleans el lunes siguiente a la muerte del Presidente Kennedy, fue interrogado por la oficina del fiscal. Dijo que su viaje había sido concertado «precipitadamente». Con dos compañeros, Alvin Beauboeuf y Melvin Coffey, se había dirigido directamente a Houston por carretera el viernes por la noche. El sábado por la tarde, los tres estuvieron patinando en una pista de hielo; aquella noche habían hecho una corta excursión a Galveston para cazar patos el domingo por la mañana. El domingo por la tarde iniciaron el regreso a Nueva Orleans, desviándose hasta Alexandria, Louisiana, para visitar a unos familiares de Beauboeuf.

Garrison no quedó convencido por el relato de Ferrie. Un viaje rápido de toda la noche, en medio de la peor tormenta conocida durante muchos años, para iniciar una jira de placer de más de 1.000 millas en tres días, era difícil de creer. «Se trataba de un extraño viaje, a un extraño lugar, en una fecha extraña», recuerda el fiscal. Tomó nota de Ferrie como «fugitivo de Tejas» y se lo entregó al FBI. Los agentes de Investigación Federal le interrogaron intensamente y luego le pusieron en libertad.

Como las 40 páginas y pico que recogen el interrogatorio a que fue sometido Ferrie por el FBI aún permanecen clasificadas en los Archivos Nacionales, sólo pueden presumirse los motivos por los que el FBI dio carpetazo al expediente.

Al parecer, el FBI no consideró seriamente al piloto. Un corto documento del FBI custodiado en los Archivos Nacionales, revela que Ferrie había admitido que había criticado a Kennedy, «pública y privadamente», por retirar la cobertura aérea en la Bahía de los Cochinos, empleando expresiones como «deberían pegarle un tiro», pero los agentes convinieron en que no tenía intención de cumplir la amenaza al pie de la letra.

Al parecer sumamente convincente, en aquel momento, el hecho de que Ferrie no abandonara Nueva Orleans hasta horas después del asesinato, descartó su papel como piloto para la huida. Además, el monoplano «Stinson» que entonces poseía, se encontraba en el aeropuerto de Lakefront en condiciones que hacían imposible su utilización.

Al aceptar la decisión tomada por el FBI, Garrison abandonó su investigación. «Entonces tenía plena confianza en el FBI —explica—. No había motivo alguno para pensar otra cosa de ellos».

Durante tres años, la fe del fiscal en la destreza del FBI permaneció firme. En noviembre de 1966, cuando se dirigía a Nueva York acurrucado en una butaca de clase turista de un avión de Eastern, fue reavivado su interés en la posibilidad de una conspiración. A su lado se sentaban el senador Russell B. Long, de Louisiana, y Joseph Raul, Jr., petrolero de Nueva Orleans. La semana anterior, Long había indicado, en una conferencia de prensa, que dudaba de las investigaciones de la Comisión Warren. La controversia suscitada por las publicaciones que atacaban duramente los métodos y conclusiones de la Comisión.

Garrison atosigó a preguntas al senador, como «un acusador interroga al testigo». Long sostenía que había enormes lagunas sin explorar en el Informe Warren. Consideraba muy poco plausible que un tirador de la «destreza mediocre» de Oswald hubiera podido disparar con gran precisión en un reducido período de tiempo, apenas suficiente «para que un hombre consiga dos disparos con un rifle accionado por cerrojo, y mucho menos tres».

La mente del fiscal retrocedió al extraño viaje del piloto David Ferrie y comenzó a preguntarse qué grado de perspicacia había tenido realmente el FBI al pasar por alto toda esta cuestión. Cuando regresó a Nueva Orleans se encerró virtualmente en el estudio de su casa, haciendo miles de hipótesis sobre el Informe Warren. Cuando llegó a la convicción de que Oswald no pudo haber actuado solo, y que, por lo menos, una fase de la conspiración se había centrado en Nueva Orleans, dedicó su oficina a una investigación en toda regla. La inició calladamente, prefiriendo trabajar con mayor eficacia en la sombra.

La investigación volvió a centrarse sobre Ferrie, y el 15 de diciembre fue sometido a un nuevo interrogatorio. Al preguntarle detalles del precipitado viaje a Tejas, en 1963, alegó que no recordaba, y remitió a sus interrogadores al FBI. «¿Qué sucedió con la cacería de patos? «Efectivamente, llegamos donde estaban los patos, y los había a millares —respondió—. Pero no había forma de acercarse a ellos. Sabían demasiado». Al presionarle para que diera detalles de lo que sucedió en la pista de hielo, Ferrie se irritó. «Patinamos sobre el hielo, ¿qué se ha creído?», replicó.

Los hombres del fiscal no tardaron en descubrir fallos en la declaración de Ferrie. Melvin Coffey, uno de sus compañeros en el viaje que realizaron a Tejas en 1963, atestiguó que no se debió a una idea súbita.

Pregunta: ¿Se acordó antes el viaje?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Con cuánta antelación?

Respuesta: Un par de días.

Asimismo, los investigadores determinaron que ninguno había llevado escopetas en la «cacería de patos».

De modo semejante se desvirtuó la coartada del patinaje sobre hielo. En 1963, el FBI había entrevistado a Chuck Rolland, propietario de la pista de patinaje Winterland. «FERRIE se había puesto en contacto telefónicamente con él el 22 de noviembre de 1963, preguntándole el horario», revela un informe del FBI, uno de los pocos documentos sobre Ferrie no archivados. «MR. FERRIE declaró que procedía de fuera y deseaba patinar algo durante su estancia en Houston. El 23 de noviembre de 1963, entre las 3,30 y las 5,30 de la tarde, MR. FERRIE y dos compañeros suyos llegaron a la pista y hablaron con MR. ROLLAND». El informe continúa diciendo que Ferrie y Rolland sostuvieron una corta conversación, y que

# EL RETO DEL FISCAL GARRISON

Ferrie indicó que «él y sus compañeros visitarían varias veces la pista durante el fin de semana» (Documento 301 de la Comisión). Cuando los hombres de Garrison hablaron recientemente con Rolland, averiguaron ciertos datos pertinentes que el FBI había pasado por alto o no había recogido en 1963. Rolland estaba seguro de que ninguno de los tres hombres que componían el grupo de Ferrie había patinado; Ferrie se había pasado las dos horas que estuvo en la pista junto a un teléfono para conferencias pagadas previamente y, al fin, recibió una llamada.

En el Aeropuerto Internacional de Houston se recogió más información. El personal de los servicios aéreos parecía recordar que, en 1963, Ferrie tenía acceso a un aeroplano con base en Houston. En este avión el vuelo a Matamoros habría sido cuestión de poco más de una hora.

Evidentemente, Ferrie había mentido acerca del objeto del viaje. Una de las tácticas habituales de los asaltantes de bancos es escapar del lugar del delito en un coche, generalmente robado, cuyos datos, al ser investigados, no sirven de pista conducente a su descubrimiento, cambiando aquel coche por otro de su propiedad para terminar la huida. Garrison considera posible que Ferrie haya sido el piloto de un segundo avión en la huida, realizada en dos etapas, de los asesinatos al sur de la frontera, o bien haya figurado como piloto de reserva para la eventualidad de que se activaran los planes.

¿Conocía Ferrie a Oswald? El piloto lo negó, pero la evidencia demuestra que así fue. Por ejemplo, Garrison posee información de que cuando Oswald fue arrestado por la policía de Dallas, tenía en su poder una tarjeta vigente de lector de la biblioteca de Nueva Orleans expedida a David Ferrie. La validez de esta información está reforzada por un informe del Servicio Secreto sobre el interrogatorio de Ferrie por dicho organismo, cuando estaba bajo custodia federal, en 1963. Durante un interrogatorio, por lo demás suave, se preguntó a Ferrie si había prestado su tarjeta de lector a Oswald, a lo que respondió negativamente, presentando una tarjeta de la biblioteca pública de Nueva Orleans a nombre del doctor David Ferrie, pero aquella tarjeta estaba caducada.

Cuando comprendió que era un sospechoso en la investigación de Garrison, Ferrie pareció desmejorar. Cuando murió, el 22 de febrero de 1967, era un manojo de nervios que subsistía con innumerables cigarrillos y tazas de café y tranquilizantes en cantidades suficientes para pacificar a todo un ejército. Sólo unos días antes de su muerte había declarado a la prensa que la investigación era un «fraude», quejándose de ser la víctima de una «persecución demoníaca». «Supongo que me ha colgado el sambenito de que fui el piloto para la huida», observó amargamente.

Cuando Garrison pronunció su epitafio de Ferrie como «uno de los hombres más importantes de la historia», la mayoría de los periodistas pestañearon, sabiendo a qué se refería. La investigación era, después de todo, una maniobra publicitaria y el fiscal había conseguido aparecer en los titulares de los periódicos. Ahora que su principal sospechoso había desaparecido oportunamente, contaba con la excusa perfecta para enterrar su encuesta con el piloto fallecido.

Más para el fiscal Jim Garrison no era el fin, sino el principio.

## 544 camp street, nueva orleáns

«Aunque la leyenda "544 Camp St. New Orleans, LA." figura estampada en parte de la literatura que Oswald tenía en su poder al ser arrestado (por "alterar el orden") en Nueva Orleans, la amplia investigación realizada no pudo relacionar a Oswald con esa dirección». (Informe Warren, página 408.) Eso es lo que dijo la Comisión. Pero Garrison ha relacionado a Oswald con esa dirección. Su investigación revela que Oswald se movía en un medio ambiente paramilitar del ala derecha, del que 544 Camp Street era un centro neurálgico, y que la ostentosa advocación de Oswald por el «Juego Limpio para Cuba» no era más que una fachada.

El vetusto edificio situado en 544 Camp Street hace esquina a la plaza de Lafayette. Poco después de darse a conocer la investigación de Garrison, fui al número 531 de la plaza de Lafayette, dirección que me fue dada por Jerry Milton Brooks, desertor de los «Minutemen», como la de la oficina de W. Guy Banister, antiguo oficial del FBI, que dirige una agencia de detectives privados. Según Brooks, que había sido ayudante de confianza de los «Minutemen», Banister era miembro de los «Minutemen» y jefe de la Liga Anticomunista del Caribe, que se aseguraba actuaba como intermediaria entre la CIA y los movimientos insurgentes en el Caribe. Brooks dijo que había

trabajado para Banister en investigaciones «anticomunistas» en 1961-1962, y había conocido a Ferrie con ocasión de sus frecuentes visitas a la oficina de Banister.

Banister había muerto, al parecer, de un ataque cardíaco, en el verano de 1964. Pero Brooks me había hablado de dos socios, a los que esperaba encontrar. Uno era Hugh F. Ward, joven investigador a las órdenes de Banister, que también pertenecía a los «Minutemen» y a la Liga Anticomunista. Entonces me enteré, también, de que Ward había muerto. Enseñado a pilotar aviones por David Ferrie, según me informaron, iba al mando de un «Piper Aztec» cuando se estrelló contra el suelo, cerca de Ciudad Victoria, Méjico, el 22 de mayo de 1965.

El otro socio era Maurice Brooks Gatlin Sr., asesor jurídico de la Liga Anticomunista del Caribe. Jerry Brooks dijo que en otro tiempo había sido una especie de protegido de Gatlin y gozaba de su confianza. Brooks tenía la creencia de que los frecuentes viajes de Gatlin por el mundo se debían a su «cargo de representante» de la CIA. Como ejemplo de ello, dijo, Gatlin indicó hacia 1962, dándose importancia, que tenía 100.000 dólares procedentes de los fondos de la CIA, destinados a un grupo del ala derecha francesa que iba a intentar asesinar al general De Gaulle; poco después, Gatlin volaba a París. Sin embargo, la búsqueda de Gatlin fue igualmente infructuosa: en 1964 cayó o fue empujado desde el sexto piso del hotel Panamá, en Panamá, a primeras horas de la mañana, resultando muerto instantáneamente.

Pero la visita al número 531 de la plaza de Lafayette no fue del todo infructuosa. Descubrí que la dirección era una entrada lateral al 544 de Camp Street. Entrando por la puerta delantera o lateral se llega por una escalera al mismo segundo piso. Ese segundo piso albergó en tiempos al Frente Revolucionario Democrático Cubano y a la firma W. Guy Banister & Associates.

Guy Banister había estado al frente de la oficina del FBI, en Chicago, antes de retirarse en 1955 y convertirse en superintendente delegado de policía de Nueva Orleans durante varios años. Estaba considerado como uno de los más acérrimos anticomunistas de la ciudad y publicaba el «Louisiana Intelligence Digest», que describía la integración como una conspiración comunista. Recientemente ha aparecido evidencia de su relación con el órgano federal de espionaje. Un hombre que conoció bien a Banister ha dicho a Garrison que Banister se asoció con la Oficina de Información Naval gracias a la recomendación de Guy Johnson, oficial de la reserva de la ONI y primer abogado de Clay Shaw cuando fue arrestado por Garrison.

Un relato publicado en el «New Orleans States-Item» del 25 de abril de 1967, arroja más luz aún sobre Camp Street. Este periódico, que entonces tenía a un equipo de investigadores trabajando en paralelo con la encuesta de Garrison, informaba que un informador digno de crédito, próximo a Banister, había visto de 50 a 100 cajas marcadas «Schlumberger» en la oficina-almacén de Banister a principios de 1961, antes del ataque en Bahía de los Cochinos. Los cajones contenían rifles, granadas, minas terrestres y «pequeños proyectiles» exclusivos. Banister explicó que «la mercancía estaría allí sólo aquella noche...», un grupo de individuos relacionados con la facción cubana habían pedido que lo dejara allí por la noche». Estaba perfectamente, aseguró Banister. «Tengo la aprobación de alguien».

Ese «alguien», puede presumirse por el relato referente a Gordon Novel que se da a continuación, era la CIA. Novel está reclamado por el fiscal como testigo principal del robo cometido en 1961 en el depósito de municiones de la Schlumberger Well Co., próximo a Nueva Orleans. Citado por el gran jurado el pasado marzo, Novel huyó a McLean, Virginia, cerca del complejo de la CIA en Langley, sometándose a una prueba en el detector de mentiras realizada por un antiguo oficial del servicio de información del Ejército, cuya prueba —alardeó ante la prensa— demostró que la encuesta de Garrison era un fraude. A continuación, dio el salto primero a Montreal y luego a Columbus, Ohio, desde donde el gobernador James Rhodes, en una de las estipulaciones más absurdas jamás relacionadas con un procedimiento rutinario normal, se niega a conceder su extradición, a menos que Garrison se comprometa a no interrogarle sobre el asesinato.

Desde su refugio en Ohio, el fugitivo afirmó que el robo de municiones fue uno de «los más patrióticos latrocinios de la historia». Cuando un acometedor periodista le acusó a preguntas, Novel soltó aún más la lengua. Según el artículo del «States-Item», el citado relato de Novel fue que el depósito de municiones era una estación intermedia de la CIA para el material de guerra destinado a la invasión inminente de la Bahía de los Co-

# EL RETO DEL FISCAL GARRISON

chinos, afirmando que el día en que se recogieron las municiones «fue llamado por su enlace con la CIA y se le ordenó unirse a un grupo que tenía orden de transportar las municiones desde el depósito a Nueva Orleans». La clave para dirigirse al depósito fue dada por su contacto con la CIA. Según se informa, Novel dijo que los restantes componentes del grupo de la CIA en el depósito eran David Ferrie, Sergio Arcacha Smith —delegado en Nueva Orleans del Frente Revolucionario Democrático Cubano— y varios cubanos. Las municiones, según su relato, fueron dejadas en la oficina de Novel, en casa de Ferrie y en la oficina-almacén de Banister.

Ferrie trabajaba de vez en cuando para Banister como investigador, y la afinidad mutua era tal que, en 1962, cuando Eastern Airlines estaba a punto de despedir a Ferrie por la publicidad dada a supuestos actos homosexuales, Banister compareció en una vista celebrada en Miami pronunciando un apasionante alegato en su defensa. Cuando Banister murió repentinamente, el ex piloto accedió, evidentemente, a parte de sus archivos. Al darse cuenta de que era un sospechoso principal en la investigación de Garrison, Ferrie destruyó sistemáticamente sus papeles y documentos correspondientes al año 1962. Pero al fotocopiar la bibliografía de un estudio sobre el cáncer que había escrito (en cierta ocasión había tenido ratones en su casa, encerrados en jaulas, con los que experimentó injertos cancerosos), inadvertidamente superpuso la porción inferior de unas notas que registraban las destrucciones, y en las que se incluía la siguiente anotación: «Copias de los archivos microfilmados de B (es de suponer que fuera Banister) a los componentes del ala derecha de Atlanta».

Los archivos de Banister estaban considerados como la mayor colección de «información anticomunista» de Louisiana, y fueron vendidos parcialmente por su viuda a la Comisión de Soberanía, especie de HUAC estatal, en la que un investigador de Garrison pudo examinarlos. El sistema de archivo de Banister estaba concebido siguiendo el patrón de los del FBI, y contenía expedientes tanto de los amigos como de los enemigos. Los apartados 10 y 23 trataban de asuntos cubanos; 23-5, por ejemplo, correspondía al Frente Revolucionario Democrático Cubano, y 10-209, al Expediente Cubano, simplemente. Había un expediente principal, 23-14, titulado Expediente Shaw, pero alguien lo había arrancado por completo antes de que el hombre de Garrison llegara.

El Frente Revolucionario Democrático Cubano, que ocupaba lo que grandilocuentemente se denominaba la Suite 6 en el número 544 de Camp Street, era la coalición de grupos cubanos «de liberación» en el exilio, que operaban al amparo de la CIA y prepararon la invasión de Bahía de los Cochinos. Arcacha, el delegado en Nueva Orleans de la organización radicada en Miami, es un vivaracho hombre con bigote que había prestado servicio en el cuerpo diplomático de Batista. Existen numerosos testigos que afirman era confidente de Banister y Ferrie, y que su oficina era una estación intermedia para la amalgama de exiliados cubanos y aventureros americanos envueltos en el movimiento de «liberación». A finales de 1962, el Frente dejó de funcionar, convirtiéndose Arcacha entonces en fundador de la Cruzada para Liberar Cuba, grupo paramilitar de militantes de las derechas. En marzo de 1963 se trasladó a Houston, Texas. En los comienzos de su investigación, Garrison acusó a Arcacha de participar en el robo de municiones con Novel y Ferrie, pero entonces vivía en Dallas, donde se negó a hablar a los hombres del fiscal sin que estuvieran presentes el fiscal auxiliar Bill Alexander y la policía de Dallas. Cuando Garrison consiguió una orden de detención y trató de conseguir su extradición, el gobernador de Texas, John Connally, se negó a firmar los documentos.

En cuanto a Oswald y la casa de 544 Camp Street, Garrison declara que «tenemos varios testigos que pueden atestiguar que observaron a Oswald allí en diversas ocasiones». Un testigo es David L. Lewis, otro de los componentes del grupo de investigadores de Banister. A finales de 1962, afirma Lewis, estaba tomando café en el restaurante próximo al número 544 de Camp Street, cuando el exiliado cubano Carlos Quiroga, que era conocido de Arcacha, entró con un joven al que presentó como Leon Oswald. Pocos días más tarde, Lewis vio a Quiroga, Oswald y Ferrie juntos en 544 Camp Street. Pocos días después irrumpió en la oficina de Banister, interrumpiendo una reunión entre Banister, Quiroga, Ferrie y Leon Oswald. Hasta que fue entrevistado por Garrison, Lewis no llegó a la conclusión de que Leon Oswald era probablemente Lee Harvey Oswald. Indicando que «las muertes naturales de Banister y Ferrie eran sorprendentemente similares», Lewis desapareció para recluirse y ocultarse en algún lugar.

## cia: el denominador común

Exacta o aproximadamente, la noche del 16 de septiembre de 1963, un tal Leon Oswald, que no ha sido descrito, el extravagante David Ferrie y un cortés caballero con tipo de ejecutivo, llamado Clem Bertrand, planearon una emboscada al Presidente Kennedy en el apartamento de Ferrie. Se habló de «triangulación del fuego... la posibilidad de una salida... un hombre habría de sacrificarse para dar al otro o los otros dos tiradores tiempo de escapar». La huida del país se realizaría en un avión pilotado por Ferrie. Este es el meollo del testimonio de Perry Raymond Russo en una vista preliminar contra Clay Shaw, acusado por Garrison de conspirar para el asesinato. Russo identificó a Leon Oswald como Lee Harvey Oswald, y a Clem Bertrand como Clay Shaw.

¿Qué llevaría a reunirse a tres hombres tan dispares? Hay una posible respuesta: la CIA.

Situado en los extremos de la parte baja de la ciudad de Nueva Orleans, el edificio de 544 Camp Street está separado por la calle del edificio gubernamental que, en 1963, albergaba a las oficinas centrales locales de la CIA. A una manzana de distancia, en 640 Magazine Street, se encuentra la firma William B. Reilly Co., empresa cafetera en la que estuvo empleado Oswald aquel histórico verano. Trabajó del 10 de mayo al 19 de julio en ella, ganando 548,41 dólares en total (documento de prueba 1.154 de la Comisión). A pesar de esto, no parecía tener grandes dificultades para sustentar a Marina y su hijo. Tampoco parecía especialmente preocupado con la posibilidad de que le dispararan. El jefe de personal de Reilly Co., dijo al Servicio Secreto que «había veces en que Oswald desaparecía durante una hora o más y, cuando se le preguntaba, no podía dar una explicación plausible de dónde había estado...» (CE 1.154).

Al lado se encuentra el Crescent City Garage, cuyo propietario, Adrian T. Alba, testificó que Oswald pasaba hora tras hora en su sala de espera sumergido en la lectura de revistas sobre armas de tiro (Informe Warren, volumen 10, página 226). Poco antes de abandonar la firma cafetera, Oswald dijo a Alba que su solicitud de empleo estaba a punto de ser aceptada «donde pagan a peso de oro» —las instalaciones de Gentilly, un suburbio, destinadas al proyectil «Saturno» de la NASA— (volumen 10, página 226).

A la vista de ello, la idea de que Oswald pudiera conseguir trabajo en las instalaciones gubernamentales para proyectos espaciales, para lo cual es preceptiva la investigación sobre actividades personales, parecía descabellada y absurda. Era un marxista declarado, que había intentado renunciar a su ciudadanía americana en Moscú, se había casado con la sobrina de un coronel de la KGB soviética, estaba comprometido en las actividades de «Juego Limpio para Cuba» y había intentado afiliarse al partido comunista norteamericano. Pero Garrison señala que es un secreto a voces que la CIA utiliza las instalaciones de la NASA como cobertura para las operaciones clandestinas. Y sostiene que Oswald era agente de la CIA.

Existen montones de indicios sobre la condición de Oswald. Uno es el relato de Donal P. Norton, que afirma fue obligado a entrar al servicio de la Agencia en 1957, bajo amenaza de escándalo por homosexual. En septiembre de 1962, refiere Norton, fue enviado de Atlanta a Méjico con cincuenta mil dólares para un grupo anticastrista. Apenas se había inscrito en el hotel Yamajel, de Monterrey (Méjico), conforme a las instrucciones recibidas, se puso en contacto con él un tal Harvey Lee, sosias de Oswald a excepción de su cabello, que parecía ligeramente más espeso. A cambio del dinero, Lee le entregó una cartera que contenía documentos en sobres de papel manila. De acuerdo con el plan, Norton entregó la cartera a un empleado de una firma petrolera americana en Calgary, Alberta, que repitió la consigna, «Hace mucho calor en Tulsa».

Norton también sostiene que conoció a David Ferrie a principios de su carrera en la CIA. A comienzos de 1958 fue enviado en misión de servicio como correo a Cuba, ordenándosele se reuniera con el enlace en el mostrador de Eastern Airlines, en el aeropuerto de Atlanta. El enlace era un hombre de aspecto singular, que dijo llamarse Hugh Pharris o Ferris; Norton declara ahora que se trataba de Ferrie. «Aquí tiene las muestras —indicó Ferrie, entregando a Norton un disco—. Está en la chaqueta». Se trataba de 150.000 dólares, que Norton entregó debidamente a un realizador cubano de televisión en La Habana. Norton afirma que fue a Freeport, Grand Bahamas, en cumplimiento de una misión de la Agencia a finales de 1966, y a su regreso a Miami su enlace le ordenó que «algo está pa-



David W. Ferrie,  
hombre clave  
en las investigaciones  
del fiscal Garrison.

sando en Nueva Orleans y debía (Norton) tomarme unas largas y tranquilas vacaciones».

Así lo hizo, y comenzó a pensar en las «personas que han muerto en los últimos meses, como Ferrie». Entonces resolvió ponerse en contacto con Garrison. Norton fue sometido a una prueba con el detector de mentiras, sin que hubiera indicios de que no dijera la verdad.

Garrison cree que Oswald fue adiestrado en operaciones secretas por la CIA, mientras pertenecía a la Marina, en la Base Naval de Atsugi, en Japón, una instalación para «U-2» —es curioso que aún están custodiados en los Archivos Nacionales dos documentos posiblemente importantes, «Acceso de Oswald a la información sobre el "U-2"» (CD 931) y «Reproducción del dossier oficial de la CIA sobre Oswald» (CD 692)—. Este infante de Marina que constantemente estaba metido en líos pasó la prueba de investigaciones Crupto, además de una investigación de Altos Secretos, y se le dieron dos cursos de electrónica. «¿No resulta raro —dice Garrison— que aun cuando supuestamente desertara a la Unión Soviética con datos altamente secretos sobre nuestras redes de radar, no se tomaran medidas contra él cuando regresó a los Estados Unidos?».

Igualmente raro resulta el conocimiento que Oswald adquirió del idioma ruso. Aunque el Informe Warren esparció la especie de que había aprendido por sí mismo, y Oswald dijo a un conocido de Nueva Orleans que había estudiado ruso en la Universidad de Tulane, lo que es falso, lo probable es que fuera enseñado en la base de Atsugi por los servicios de la CIA. Los archivos del Cuerpo de Infantería de Marina revelan que el 25 de febrero de 1959, al concluir su destino en Atsugi, se le sometió a una prueba de conocimiento del idioma ruso. (Documento Folson núm. 1, página 7.) Un antiguo camarada de la Infantería de Marina, Kerry Thornley, atestiguó ante Garrison que Oswald conversaba en ruso con John Rene Heindel todas las mañanas al pasar revista.

La «deserción» de Oswald a la Unión Soviética también tiene visos de haber sido iniciada por la CIA. Retrospectivamente, la autorización para la salida de los Estados Unidos y las formalidades de regreso parecen indebidamente expeditas. Cuando el Cuerpo de Infantería de Marina calificó su comportamiento como menos que honorable, «post facto», Oswald escribió indignado al secretario de la Marina, John B. Connally: «Cuento y siempre he contado con la plena aprobación de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú, URSS, y, por tanto, del gobierno de los EE. UU.» (Informe Warren, página 710.) Cuando fue preguntado por un locutor de la emisora de radio de Nueva Orleans, el 21 de agosto de 1963, si había recibido subsidio gubernamental durante sus tres años de estancia en Rusia, Oswald titubeó mucho: «Bueno, pues yo, pues, contestaré a esa pregunta, puesto que usted no descansará hasta obtener una respuesta, er, trabajé en Rusia, er, estaba, er, bajo la protección, er, de, er, es decir, no estaba bajo protección del gobierno americano, sino que en todo momento estuve, er, considerado como ciudadano americano...» (Esta es la versión original, difundida por la Associated Press. La versión hecha pública por la Comisión Warren ha suprimido las palabras incoherentes y el aparente tartamudeo «estaba bajo la protección...». Volumen 21, página 639.)

Posiblemente, la sugerencia más convincente de la misión de Oswald en la Unión Soviética pueda hallarse en el testimonio de Dennis H. Ofstein, compañero de empleo en Jagers-Chiles-Stovall Co., en Dallas (se trata de la firma de artes gráficas-fotográficas en que Oswald trabajó a su regreso de Rusia, la cual recibe muchos contratos gubernamentales secretos). El conocimiento superficial que Ofstein tenía del ruso, soltaba la lengua del generalmente flemático Oswald. «En todo el tiempo que estuve en Minsk, jamás vi una estela de vapor —afirma Ofstein que dijo—. También mencionó el dispersamiento de las unidades militares —continuó Ofstein—, diciendo que no entremezclaban sus divisiones acorazadas con las divisiones de Infantería y las diversas unidades, del modo en que lo hacemos en los Estados Unidos, y solían tener todos sus aviones en un solo emplazamiento geográfico y sus tanques en otro...». En una ocasión, Oswald pidió a Ofstein que ampliara una fotografía tomada en Rusia, que, según explicó, representaba «algún cuartel militar y que los guardias estacionados allí iban armados con armas y munición y tenían orden de disparar a cualquier intruso...» (volumen 10, página 202). El desordenado interés de Oswald por las estelas de condensación de aviones que volaban a gran altura, el despliegue militar soviético y unas instalaciones militares, lo que entrañaba el gran riesgo que suponía tomar fotografías, difícilmente puede parecer la curiosidad natural de un desgraciado ex infante de Marina.

Una intrigante anotación hecha en el cuaderno de direcciones de Oswald es la palabra «microdot», que aparece en la página en que anotó la dirección y el teléfono de Jagers-Chiles-Stovall (CE 18, página 45). Los «microdots» son un medio clandestino de comunicación desarrollado por el espionaje alemán durante la Segunda Guerra Mundial, que aún se utiliza entre los organismos de espionaje. Esta técnica consiste en fotografiar el documento a transmitir y reducir grandemente el negativo hasta unas dimensiones que permitan encajarlo en un punto (signo de ortografía). El «microdot» puede insertarse en una carta anodina o una revista y enviarse por correo o dejarse en un «sitio convenido» previamente para depositar y recoger los mensajes.

Por eso, quizá resulte significativo que Oswald obtuviera tarjetas de bibliotecas en Dallas y Nueva Orleans y generalmente visitara las bibliotecas los jueves. La posible implicación de sus visitas no fue pasada por alto por el FBI, que confiscó todos los libros que había sacado alguna vez, sin devolverlos jamás. Una pieza que puede encajar en este rompecabezas es el descubrimiento por Garrison de una tarjeta de lector adulto expedida por la biblioteca pública de Nueva Orleans a nombre de Clem Bertrand. La dirección comercial expresada es International Trade Mart (antiguo lugar de empleo de Shaw) y la del domicilio, 3100 Louisiana Avenue Parkway, número equivocado, pero evidentemente muy aproximado al de la casa de Ferrie en 3330 Louisiana Avenue Parkway. Quizá exista una pista aquí, ya que Oswald llevaba, según se supone, una tarjeta extendida a Ferrie, cuando fue arrestado en Dallas.

Otra indicación más de la condición de espía de Oswald es la relación de sus bienes de que se apoderó la policía de Dallas, después del asesinato. Incluido en esa relación figura un equipo de instrumentos ópticos tan diversos como una cámara Sterio-Realist, un sincronizador Hanza de cámaras fotográficas, filtros, una cámara alemana pequeña, un telescopio de gran alcance Wollensak 15, unos prismáticos Micron 6X y diversas películas —lo que difícilmente puede constituir el equipo de un simple almacenero—. (Stovall Exhibits-Documentos de prueba Stovall.)

A su regreso de Rusia, el hombre que se suscribió a «Pravda» en la Infantería de Marina y daba conferencias a sus compañeros sobre la dialéctica marxista, se dedicó a institucionalizar su fachada izquierdista. Escribió cartas manifestando sus simpatías hacia la oficina central nacional del Partido Comunista, el Comité de Juego Limpio para Cuba y el Partido Socialista (una copia de la famosa instantánea de Oswald con un revólver a la cadera, un rifle en una mano y el órgano del Partido, «El Militante», en la otra, fue enviada a la oficina de SWP, en Nueva York, en abril de 1963). Garrison cree que esta fachada estaba destinada a facilitar su entrada en países comunistas para misiones especiales.

La complicación de Ferrie con la CIA parece derivarse principalmente de sus actividades paramilitares anticastro, aunque existe una sugerencia de que en otro tiempo fue piloto de la Agencia. A finales de la década de 1940 y principios de los años 50, pilotó aviones ligeros comerciales en el área de Cleveland, Ohio, donde estaba considerado por sus colegas como un piloto sobresaliente. A mediados de los años 50, hay una laguna en su carrera, imposible de investigar. Luego surge como piloto de Eastern Airlines. Aunque, según se supone, recibiera instrucción en instrumentos en la Escuela de Vuelo de Sunnyside, en Tampa, Florida, no existe antecedente alguno de que dicha escuela haya existido jamás.

Una pista sobre las actividades de Ferrie puede existir en la pérdida de pelo que padeció. Un compañero de Eastern recuerda que cuando Ferrie comenzó a volar en la línea era «apuesto y amable», pero al final se convirtió en «retraído y paranoico, temeroso de que los comunistas lo persiguieran». Este cambio de personalidad coincidió con una pérdida gradual del cabello. Primeramente pareció una pequeña calva que Ferrie explicó se debía a que le había caído ácido de la batería de un avión. Posteriormente, el cabello comenzó a caerse a mechones —Ferrie estudiaba medicina desesperadamente para intentar detener el proceso—, hasta que el vello desapareció por completo de su cuerpo. Se especula que tuviera dos empleos y sufriera una reacción fisiológica como consecuencia de la exposición a alturas extremas, necesaria para los vuelos clandestinos. Los pilotos de aviones U-2 de la China Nacionalista han sufrido, según se ha informado, este mismo fenómeno de la caída del pelo.

Una de las tareas secretas de Ferrie en el área de Nueva Orleans fue adiestrar pequeños equipos de guerrilleros. Uno de sus jóvenes alumnos ha revelado que adiestró a algunos de los cadetes de la Patrulla Aérea Civil y

(Pasa a la página 55)

## EL RETO DEL FISCAL GARRISON



a cubanos, formándolos en unidades tácticas pequeñas de cinco hombres, bajo los auspicios de la Infantería de Marina y del Departamento de Estado. Emparejado con esta información, aparece lo manifestado por otro antiguo alumno de Ferrie, al que reveló confidencialmente «que trabajaba para la CIA en el rescate de cubanos de las prisiones de Castro», y en cierta ocasión fue llamado a Miami para que la CIA pudiera «sonmeterle a una prueba para ver si era el tipo de persona que contaba sus asuntos a cualquiera». En un discurso pronunciado ante la Orden Militar de las Guerras Mundiales en Nueva Orleans, a finales de 1961, Ferrie refirió que había adiestrado pilotos en Guatemala para la Bahía de los Cochinos, manifestando su amarga decepción porque no se los hubiera utilizado.

Clay Shaw, funcionario de comercio internacional, contaba con contactos de alto nivel en Hispanoamérica y Europa, por lo que habría sido natural que la CIA tratara de reclutarle. Gordon Novel, que conocía a Shaw, fue citado por el «States-Item» afirmando que quizá la CIA hubiera pedido a Shaw que observara el tráfico del comercio extranjero a través de Nueva Orleans. Más convincente es la pertenencia de Shaw al consejo de administración de una firma denominada «Centro Mondiale Commerciale», radicada en Roma. Según los periódicos «Paese Sera», de Roma, y «Le Devoir», de Montreal, entre otros de la prensa extranjera, la CMC era una compañía oscura pero bien financiada, que fue expulsada de Italia por la policía, porque se sospechaba fuera un «tapadera» de la CIA. Trasladó sus operaciones al clima más benigno de Johannesburgo, África del Sur, donde aún funciona.

El mismo grupo que constituyó la CMC estableció una firma, llamada Permindex Corporation, en Suiza, pero aquella compañía fue disuelta por el gobierno suizo cuando se demostró que era un medio de canalización de fondos destinados a la Organización del Ejército Secreto (OAS), grupo de oficiales franceses derechistas dedicados a «mantener a Argelia francesa» por las armas. La composición del grupo CMC, con el que Shaw estaba asociado, es de un interés más que pasajero, puesto que comprende a un antiguo oficial del servicio de información de los EE. UU., ahora ejecutivo del Banco de Montreal; al editor del periódico neo-nazi «National-Zeitung», de Alemania; al príncipe Guitere de Spadaforo, industrial italiano emparentado por matrimonio con el ministro de Hacienda de Hitler, Hjalmar Schacht, y el abogado de la familia real italiana y secretario del partido neo-fascista italiano. A través de su abogado, Shaw ha declarado que se incorporó al consejo de administración del CMC en 1958 a instancias del propio consejo de administración del «International Trade Mart» de Nueva Orleans.

El 1 de agosto de 1963, la primera página del «States-Item» recogía dos nuevos relatos que, afirma Garrison, simbolizan el amargo final de la tolerancia de John F. Kennedy hacia las derechas paramilitares. «Firma de un tratado fijada para el lunes» era el titular de un relato que revelaba que el tratado de supresión de pruebas nucleares estaba a punto de convertirse en realidad y que se comenzaba a hablar de un pacto entre la NATO y el bloque de Varsovia. «Casa con depósito oculto de armas arrendada a los cubanos, afirma la esposa del propietario», anunciaban los titulares de otro artículo, hablando de una incursión del FBI en un centro de adiestramiento militar y depósito oculto de armas en el lado Norte de Lake Pontchartrain. Los agentes habían capturado más de una tonelada de dinamita, 20 cajas de bombas de 100 libras, fusiles, ingredientes de napalm y otro material de guerra.

Los acontecimientos —la patente determinación de Kennedy de llevar a cabo una aproximación hacia las naciones comunistas, por un lado; el golpe asestado, conforme al Acta de Neutralidad, a los grupos paramilitares anticomunistas, por otro— suscitaron la cólera contra el Presidente, que encontraría su expansión en el asesinato del mismo.

Del artículo no se desprende la verdadera naturaleza del grupo contra el que se efectuó la batida de Lake Pontchartrain. El FBI no anunció ninguna detención, y la esposa del propietario, Mrs. William J. McLaney, contó la historia de que los locales habían sido dejados a un cubano recién llegado, llamado José Suárez, como favor a unos amigos de Cuba. (McLaney había sido bien conocido como jugador relacionado con el Tropicana Hotel de La Habana, antes de ser expulsado por Castro en 1960.)

De acuerdo con la información que trascendió a Garrison por otro organismo gubernamental, el FBI había arrestado realmente a once hombres, dejándolos luego en libertad. Entre los detenidos figuraba Acelo Pedro Amores, del que se creía era un antiguo oficial de Batista que se esfumó de Cuba en 1960. También se detuvo a Richard Lauchli, Jr., uno de los fundadores de los «Minutemen». Lauchli, que poseía licencia federal para fa-

bricar armas en Collinsville, Illinois, donde tenía su fábrica, fue arrestado de nuevo, en 1964, cuando los investigadores del fisco, haciéndose pasar por agentes de un país sudamericano, le tendieron una trampa al proponerle un contrato ilegal de venta de una enorme cantidad de armas automáticas. Los demás detenidos eran aventureros americanos y exiliados cubanos.

Garrison cree que el equipo que cometió el asesinato en la plaza Dealey estaba formado por desertores de los «Minutemen», que operaban sin conocimiento de la oficina central del grupo. El terrorismo por grupos aislados ha constituido un motivo de preocupación constante para el coordinador nacional de los «Minutemen», Robert DePugh, desde los comienzos de la organización, y ha habido varios planes de asesinato frustrados que se tramaron por partidas individuales.

Por ejemplo, en 1962, un extremista de Dallas, que utilizaba el seudónimo de John Morris, recibió dinero de una banda de «Minutemen», en el «Liberty Mall», de Kansas City, para pagar la muerte del senador J. William Fulbright, de Arkansas, por un francotirador. El plan exigía que Morris escapara en un avión pilotado por un tejano, pero DePugh tuvo conocimiento de ello y lo abortó. Un exiliado cubano, conocido de Guy Banister, ha dicho a Garrison que, en 1962, el «Minutemen» Banister trató seriamente de «la colocación de veneno en los conductos de acondicionamiento de aire del Habana Palace, para matar a todos sus ocupantes».

El complot de que se ha tenido conocimiento más recientemente se tramó en Dallas en septiembre de 1966; iba dirigido contra Stanley Marcus, del almacén Neiman-Marcus, liberal pro Naciones Unidas, que, de cierto modo, había conseguido medrar en la rigidamente conservadora Dallas. Según un informador que estaba presente, varios «Minutemen» decidieron tender una emboscada a Marcus fuera de Dallas, porque «otro asesinato en Dallas sería demasiado». Nuevamente hubo un soplo, y el plan fue abortado. Sin embargo, como lo expresaría el Informe Warren, dichos planes «establecen la propensión a matar» por parte de las derechas radicales.

La palabra «Minutemen» se ha convertido en un término casi genérico para denominar a las derechas paramilitares, aunque disten mucho de ser un movimiento homogéneo. Algunos elementos son impulsados por el odio racial y el antisemitismo; otros, por un ferviente anticomunismo; otros, por un interés personal en derrocar a Castro y recuperar los bienes o las prebendas en la burocracia cubana. Existe una considerablealogamia, especialmente en el Sur. Un ejemplo gráfico de ello puede encontrarse en la parroquia rural de San Bernardo, cerca de Nueva Orleans. Un investigador secreto de la policía del Estado refiere que, en el interior de una granja que sirve de cuartel regional del Ku-Klux-Klan, hay emblemas nazis y un relicario de Hort Wessel y, en la parte posterior, detrás de un bosque de árboles, un campo de tiro y un vasto depósito de armas que pertenecen a los «Minutemen».

En el seno de las derechas paramilitares existe un intenso faccionalismo, y en los últimos años se desarrolló una violenta lucha por la hegemonía entre DePugh, de los «Minutemen», y el fallecido George Lincoln Rockwell, de los Nazis Americanos. En una reciente alocución pública, DePugh comentaba que «el fascismo es el peligro número uno del país en la actualidad», y que los «fascistas» están utilizando el anticomunismo como columna de humo para cubrir su propia marcha hacia el poder. Tuve ocasión de hablar con DePugh y le sugerí que los pistoleros que habían tendido la emboscada para matar al Presidente pertenecían a los «Minutemen» que se habían desplazado a la órbita nazi. «Me inclino a creerlo», afirmó.

Una de las anotaciones más inexplicables en el cuaderno de direcciones de Oswald es «Nat. Sec. Dan Burros, Lincoln Rockwell, Arlington, Virginia» (CE 18, página 55). Otras figuras de las derechas, y que se mencionan en el cuaderno de direcciones, son: Carlos Bringuier, de la Dirección de Estudios Cubanos en Nueva Orleans, y el general retirado Edwin Walker, de Dallas. Bringuier dijo a la Comisión que Oswald se había puesto en contacto con él para ofrecerle que adiestrara a los exiliados cubanos en las tácticas de la Infantería de Marina, pero sospechó que Oswald era un figurón.

© RAMPARTS - TRIUNFO. (Prohibida su reproducción ni aun citando su procedencia).

PROXIMO CAPITULO:

SE BUSCA UNA CABEZA DE TURCO